

¿ES POSIBLE SER MONOLINGÜE?

La muralla

En *La epístola del perdón* de Al-Ma'arri, tratado que describe el mas allá, hay un curioso pasaje dedicado a la lengua del primer hombre. Allí nos enteramos de que en el Edén Adán hablaba árabe pero que, al ser expulsado del paraíso, olvidó el árabe y se puso a hablar en siríaco. El cambio de espacio ocasionó, en su caso, la pérdida de una lengua y la adquisición de otra; el olvido de la lengua materna se considera un castigo. Evidentemente, después de la resurrección y la vuelta al paraíso, Adán olvidará el siríaco y recuperará el árabe.

No se cambia de espacio impunemente: existe el peligro de olvidar la propia lengua; o lo que es igual, existe el peligro de convertirse en otro. Muchos magrebíes, muchos árabes, pueden reconocerse hoy en día en la historia de Adán. En cierto modo, han aprendido una lengua extranjera y han «olvidado» la suya.

Hasta la edad de siete años, yo solo conocía el árabe, y como no recuerdo la manera en que lo aprendí (¿quién se acuerda del modo en que aprendió a hablar?), tiendo a creer que esa lengua es para mí innata. Estaba en concordancia con el universo en el que me movía, el de la casa, la familia, el barrio. El mundo entonces se bastaba a sí mismo, cerrado y perfecto. Sabía, de una manera confusa, que había individuos pertenecientes a una religión diferente que hablaban francés o español.

Aprendí el francés a causa de un accidente histórico, o mejor dicho geográfico. Si hubiera nacido en

el norte de Marruecos hubiera estudiado la lengua de Cervantes, y creo que mi carrera, mi destino, hubieran tomado otro rumbo. Estudié el francés porque nació en Rabat, que en aquel entonces formaba parte de la zona situada bajo el protectorado de Francia.

Una mañana, sin consultarme previamente, mi padre me llevó a la escuela. Fue todo un viaje: había que salir de la casa, dejar la medina, atravesar la muralla y pisar un terreno en el que nunca me había aventurado antes, el de la ciudad nueva. Vi por primera vez coches tirados por caballos y algún que otro automóvil. En el patio de la escuela había un enjambre de niños que gritaban y corrían de un lado a otro. Como no los conocía, me imaginé que sentían hostilidad hacia mí. En medio del caos, busqué a mi padre para refugiarme a su lado: había desaparecido. Me encontré abandonado, desorientado, perdido (no conocía aún la historia de Pulgarcito). Sin embargo, al terminar la clase, de la que no guardo ningún recuerdo, logré milagrosamente volver a casa, recuperé a mis padres y, al contrario de lo que le sucedió a Adán, no olvidé el árabe.

A partir de entonces el viaje se hizo rutinario, de la medina al otro lado de la muralla, del espacio familiar al espacio extranjero. Viaje, también, del registro oral al escrito: el francés se me reveló como una lengua inseparable de la escritura; lo aprendí deletreando y copiando las letras en mis cuadernos; lo estudié, no para hablarlo, sino para leerlo y escribirlo. En cuanto salía de clase se difuminaba, ya que no tenía ninguna ocasión de emplearlo. Es cierto que, progresivamente, adquirí la posibilidad de hablarlo, pero, exceptuando a los profesores, no había nadie con quien practicar. Fuera de la institución escolar el francés no era viable. Los alumnos no lo hablaban entre ellos, y en casa estaba proscrito. Era la lengua de la separación: por primera vez quizá en la historia de Marruecos, los hijos recibían una lengua desconocida para sus padres.

Aunque hacíamos dictados correctos y redacciones bastante buenas, éramos sin embargo incapaces de hablar un francés fluido, incapaces por lo menos de hablarlo como los hablantes nativos. Y, en lo que a mí se refiere, esta situación se ha prolongado hasta hoy. Hablo un francés libresco, literario, y fuera de ese registro me siento completamente desarmado. Lo hablo como lo escribo, con la diferencia de que al hablarlo no me es posible volver atrás para rectificar si fuera necesario.

El árabe clásico, que aprendí al mismo tiempo que el francés, estaba igualmente circunscrito a la escuela, al libro. Al igual que el francés lo aprendíamos para escribirlo y leerlo. A pesar de la proximidad entre el dialectal y el clásico, hay un reparto de funciones. El dialectal está destinado a los intercambios cotidianos, el clásico está unido a la religión, a la política, a todo lo que es noble, oficial, pomposo. Por ello asusta un poco, tanto más cuanto que puede fácilmente convertirse en un lenguaje estereotipado. El árabe clásico no se habla; hay aún menos ocasiones de hablarlo que el francés; podríamos llegar a decir que, fuera de determinadas circunstancias, está prohibido emplearlo, bajo pena de hacer el ridículo: a nadie se le ocurriría por ejemplo, utilizarlo al ir de compras. Es la lengua de lo sagrado, de la declamación poética, de los discursos oficiales, de la literatura. Para mí es esencialmente la lengua de los coloquios. Hablar, en ocasión de alguno, significa metamorfosearme; siento que se produce en mí una mutación, me transformo en un orador consternado, un actor vergonzoso, lleno de dudas, que corre el riesgo de tropezar en cualquier momento con una u otra desinencia.

Hablo el árabe dialectal, leo el árabe clásico¹. Mi formación me ha acostumbrado, en efecto, a leer solamente



1. Una observación de Aimé Césaire no ha dejado de sorprenderme: «Cuando se empezó a escribir el criollo, cuando decidieron enseñarlo

textos escritos en francés y en árabe literal. Es cierto que existen poemas, narraciones, proverbios, escritos en dialecto, pero para mí siguen estando ligados, de manera fundamental, a la tradición oral. Cuando en alguna ocasión los leo, experimento una impresión extraña: me pongo, por falta de costumbre, a descifrarlos como si estuviesen redactados en una lengua extranjera. Del mismo modo que me es fácil hablar el árabe dialectal, escribirlo me resulta trabajoso y lleno de obstáculos. El francés y el árabe clásico tienen en común ser las lenguas de la escritura, y por lo tanto de la literatura. A través de ellas accedí al placer de leer textos literarios.

Lenguas del placer, pero también lenguas de la culpa, ya que siempre temo no utilizarlas correctamente. Este problema no se me plantea cuando hablo el árabe dialectal: puedo tal vez cometer lapsus, nunca errores; de ahí un sentimiento de seguridad. Aprendí el árabe dialectal al principio, de una vez, y desde la edad de aproximadamente tres años no he progresado en su aprendizaje. Siempre he pensado que no existe en él ninguna zona misteriosa, ningún rincón que permanezca desconocido.. No me ocurre lo mismo con el francés ni con el árabe literal: los he aprendido y continuo aprendiéndolos. Al estar basada mi relación con ellos en la escritura, me digo, cada vez que redacto una frase, que quizá haya cometido un error relativo a la sintaxis, a la concordancia de tiempos verbales o a las desinencias.



en la escuela, el pueblo no demostró un gran entusiasmo [...]. Hace poco, me encontré con una mujer a la que pregunté: —Señora, acaba usted de dejar a sus hijos en la escuela. Ya sabe que se acaba de tomar una medida muy interesante: se van a dar clases de criollo en la escuela. ¿Está usted contenta? Me contestó: —¿Contenta yo? No, porque si *mwen ka vouyé ick mwen lékol* (si llevo a mi hijo a la escuela), no es para que le enseñen el criollo, sino el francés. El criollo se lo enseño yo, y en mi casa». Me sorprendió su sentido común. Había una parte de verdad. (*Nègre je suis, nègre je resterai*. Entretiens avec Françoise Vergès, París, Albin Michel, 2005, pp. 41-42).